



## CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA

### CONVERSACION SEXTA.

—No seguiremos, queridos niños, en nuestras conversaciones un orden riguroso en los hechos que narramos de la Historia Sagrada; esto, además de separarnos del pensamiento que nos guía al entretener útilmente estas largas veladas de invierno, haríase sobrado monótono y no sería más que repetir lo que dicen los libritos por donde estudiáis en la escuela; de aquí el que sólo nos ocuparemos de relatar los acontecimientos más notables que registre aquella historia en las preciosas páginas de los libros santos, lo mismo que la de los héroes que se distinguieron por sus virtudes. Hoy hablaremos de Abraham, ilustre entre los Patriar-

cas, cuya vida encierra grandes enseñanzas y contiene hechos que demuestran cuán virtuoso era y cómo Dios nuestro Señor le dispensaba su protección. Sin embargo, antes de ocuparnos de su larga vida y de sus obras admirables, detengámonos un momento sobre un suceso que fué de grandes resultados para todo el género humano.

Seguramente que no hay uno entre vosotros que no haya oído hablar de la *Torre de Babel*, que no tenga una idea, aunque confusa, de lo que significaba esa famosa torre. Oigamos primero, y antes de pasar adelante, al más verídico de los historiadores, á Moisés,



nuestro guía, como ya sabeis, en estas ligeras conversaciones que hemos emprendido para vuestro aprovechamiento; hé aquí sus palabras: «Y dijeron: venid; edifiquemos una ciudad y una torre cuyo remate llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre ántes de esparcirnos por toda la tierra.» (*Génesis*, cap. XI, v. 4.<sup>o</sup>) Estas palabras fueron proferidas por una multitud inmensa, compuesta de todas las familias que entónces poblaban la tierra: figuraos, niños míos, cuán grande sería su número, diciéndonos los más autorizados intérpretes de los sagrados libros que eran *setenta* los caudillos ó jefes de las familias; pues bien, todos hablaban una misma lengua y casi todos estaban dominados por el más punible orgullo y la más loca vanidad.

Como veis, ningun eco habia tenido en sus corazones el tremendo castigo del diluvio en que Dios habia sumergido toda la tierra; y poco tiempo fué necesario para que los hombres, no sólo lo olvidasen, sino que se hiciesen más perversos si cabe.

Esto os hará ver, niños queridos, con cuánto cuidado debemos vivir para no caer en el mal, recordando á todas horas los ejemplos con que el Señor nos avisa para salvarnos del peligro de ofenderle á que estamos expuestos á todas horas.

Siguiendo, pues, nuestra historia, os diré que aquel necio y arrogante proyecto se llevó á cabo, trabajando todos con el mayor ardor en edificar la *ciudad* y la *torre* que habia de ser su morada.

Pero Dios nuestro Señor, que desde las alturas registra el más pequeño de los pensamientos del hombre, vió que la obra era hija del orgullo y de la vanidad, y la condenó confundiendo sus lenguas, de modo que no se entendian unos á otros: de aquí el llamarse torre de Babel, que significa *confusion*.

Porque habeis de saber, amados de mi alma, que entónces los hombres hablaban todos una misma lengua, y no habia la diversidad que hay ahora en esto, que cada nacion tiene su manera de hablar y entenderse unos con los otros, como habeis observado entre los franceses, italianos ó ingleses. Aquella lengua era la que el Señor habia enseñado á Adam y Eva, y á pesar de esto, hijos míos, todos cuantos allí estaban reunidos, como ya os he dicho, no se entendian; comprendieron luégo la imposibilidad en que estaban de continuar en su empresa y que Dios castigaba su osadía, y se separaron unos de otros, extendiéndose por el mundo.

Hé aquí el fin que tuvo la obra con que aquel pueblo queria eternizar su nombre y desafiar acaso—





tan locos eran—las iras del Todopoderoso.

Préstase este hecho á muchas y graves consideraciones; pero sobre todo enseña que no debemos nunca dar cabida en nuestro corazon á la vanidad y al orgullo edificando castillos en el aire, que el Señor sabe deshacer y disipar como si fueran hojas secas que el viento lleva. Y tanto quiso que esto quedase como ejemplo, que aún hoy en el día, despues de los siglos trascurridos, se ven «dos cuerpos de los ocho de que debió constar, y cuya vista, segun el testimonio de los sabios que los han visitado, es sublime en sus ruinas: las nubes se amontonan en torno de su cúspide; habitan en sus guaridas los leones, y todo en aquel lugar respira desolacion.»

Entremos ahora, niños mios, en el asunto principal de la velada de esta noche, asunto muy interesante, pues es la historia, como ya sabeis, de uno de los más distinguidos Patriarcas de la antigua ley. Es probable que nos lleve más de una velada, porque su vida trae envueltos muchos y variados episodios curiosos é importantes, y que os han de entretener y llenar de admiracion y sorpresa. No creais que vayamos á decir todo cuanto pasó á este héroe de la obediencia; nos limitaremos á exponer lo principal, y esto á grandes rasgos, lo necesario para que podais formaros una

idea de las maravillas que Dios obró en él y los sucesos que pasaron en su tiempo.

Abram ó Abraham (pues llevó estos dos nombres y ya veremos por qué causa más adelante), era hijo de Tharé, nieto de Nacor y descendiente por línea recta de Sem, hijo á su vez, como sabeis, de Noé; vino al mundo en Ur, ciudad de la Caldea, que se hizo célebre por haber nacido en ella un varon tan esclarecido. Distinguióse en sus primeros años por su piedad, obediencia y amor al Señor, á pesar de vivir en un país idólatra, es decir, en el que se daba culto á los dioses falsos, por lo cual se cuenta de él que los caldeos le arrojaron al fuego, habiéndole salvado Dios por milagro.

Llegado á la edad competente, tomó por esposa á Sara, mujer distinguida por su virtud y su parienta más próxima: así vivian estos dos seres predestinados dando ejemplo de amor y de piedad cuando el Señor habló á Abraham, diciéndole: «Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ve á la tierra que te mostraré.» (*Génesis*, cap. XII, v. 1.º) Añadióle tambien estas notables palabras: «Y hacerte hé padre de un gran pueblo, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás bendito.»

Abraham, sin detenerse ni hacer la menor pregunta ni observacion,



llama á su esposa, á su primo Lot, reúne todo lo que poseía y se pone en disposicion de partir adonde el Señor le dijese.

Aquí, niños míos, debemos notar la ciega obediencia de este santo Patriarca, virtud que tanto resplandeció en los hechos de su vida y en la que fué tan sobresaliente, como tendremos ocasion de ver en el curso de nuestra conversacion. Dios, sin otro aviso ni preparacion, le manda salir de su casa, con todo cuanto en ella tenía, y de su tierra querida, sin decirle adónde ha de dirigir sus pasos, y él, sin vacilar un solo momento, dispone todo para la partida. ¿No son dignas de admiracion, hijos de mi alma, tanta virtud, y una fe tan ardiente y viva?...

Obedeciendo, pues, los mandatos del Altísimo, tomó el camino de la tierra de Canaan (Palestina), y al llegar al sitio que llamaban Si-quém, se le apareció el Señor, diciéndole: «Yo daré esta tierra á tu posteridad.» En memoria de esto, Abraham edificó allí un altar, lo mismo que en Bethél y Hai.

Estos altares, mis pequeños amigos, fueron elevados, no sólo en accion de gracias por las promesas que se le habian hecho, sino tambien para dar una prueba de su fe en medio de aquel pueblo idólatra, enseñándonos á que debemos confesar siempre la religion que profesamos,

áun rodeados de infieles y de peligros, y sin consideracion á los respetos humanos, teniendo en cuenta que en el Santo Evangelio—ó sea en la palabra de Dios inspirada á los Apóstoles—se dice: «Que el hijo de Dios no reconocerá por suyo ni admitirá en el cielo al que en la tierra se avergüence de reconocer y confesar á su Divino Hijo Jesucristo.» — Os ruego mucho, amados de mi alma, no olvidéis el ejemplo del santo Patriarca y las palabras que acabo de recordaros: no, no os avergonceis nunca de confesar y afirmar que sois cristianos, y mucho más cuando fuere necesario. Sabeis muy bien que éste es un título que más nos ennoblece á todos y que iguala al pobre y al rico, al grande y al humilde: llevémosle en todas ocasiones con un santo orgullo y una firmeza inquebrantable.

Sigamos ahora nuestra historia: sucedió, pues, que el hambre comenzó á sentirse en la tierra que ocupaba Abraham y tuvo que retirarse á Egipto; allí permaneció hasta que de nuevo pudo volverse al país donde habia vivido, ántes. Recordareis que hemos dicho que Lot formaba tambien parte de su familia; era éste poseedor de grandes rebaños que necesitaban mucha gente para guardarlos; de aquí el que no cupiesen todos juntos en una misma tierra y se convinieran uno y



otro en separarse, ya por el temor de que les faltase el sustento necesario para los ganados, ya para evitar disputas ó disensiones que pudieran suscitarse entre sus criados.

Lot se dirigió á los ricos valles de Sodoma, á orillas del Jordan, y nuestro Patriarca se retiró á Mambré; despidiéronse estos dos hermanos tierna y amistosamente. A poco de llegar allí, el Señor le hizo una gran promesa, promesa que encierra un profundo misterio y manifiesta al propio tiempo la predileccion con que era mirado.

Llegando Abraham á la cima de una montaña, mostróle el Señor toda la tierra de Canaan, con sus bosques, sus rios, sus amenísimos valles, diciéndole: «Todo esto que ves te lo daré á ti y á tu posteridad para siempre.» «Y haré tu linaje como el polvo de la tierra; si puede alguno de los hombres contar el polvo de la tierra, podrá tambien contar tu descendencia.» ¡Ah! ¡niños queridos, qué promesas! ¡y cuántos misterios en ellas se contienen!...

Yo voy á revelaros parte de estos misterios siguiendo las explicaciones que sobre estos pasajes de la

Escritura han hecho los santos doctores de la Iglesia; yo os diré (y concluiremos con esto la conversacion de esta noche) que la tierra que Dios descubrió al venerable Patriarca, fué la patria celestial que ha de durar eternamente, y estaba reservada para él y su posteridad que perseverare en su fe y obediencia.

Como veis, niños amados, es este el anuncio del cielo á que todos podemos aspirar; pero que sólo conseguirán los buenos y obedientes á las leyes de Dios, y dóciles á los deseos de sus padres y maestros, como seguramente lo sois todos vosotros que leéis estas páginas, eco, aunque imperfecto, del cariño que he sentido siempre por los niños con quienes tanto gusto de entretenerme, y que miro como mi mayor gloria el poder prestarles algun servicio encaminándolos al bien: en cambio de todo esto espero no me negareis vuestras simpatías y amistad, niños queridos; confiado en ella continuaremos relatando estas historias que adoctrinan nuestro entendimiento y conmueven nuestro corazon.

*(Se continuará.)*

RAMON SEGADÉ CAMPOAMOR.



## EN EL ÁLBUM DE UNA MADRE.

Á UN NIÑO.

Fresco boton de rosa  
De Alejandria,  
Pura y risueña aurora  
De nuestra vida,  
Bello querube  
De mejillas rosadas  
Y ojos azules.

—  
Si en tu frente ya brilla  
La inteligencia;  
Si dibuja tu risa  
Mundos de ideas;  
Si en tu semblante  
El fuego de los genios  
Oculto late;

—  
Si es más blanco tu cuello  
Que el de los cisnes,  
Y más rubio tu pelo  
Que rojas sirtes;

Si eres un copo  
De fresca y pura nieve  
Flotando en oro;

—  
Si dos rosas plegadas  
Tienes por labios,  
Manecitas más blancas  
Que el alabastro,  
¡Nadie se extrañe  
De que loca contigo  
Viva tu madre!

—  
Nunca, nunca el poeta  
Pinta en sus trovas  
Del niño las bellezas  
Fascinadoras:  
¡Tales bellezas  
Son de las que se sienten  
Y no se expresan!  
ANGEL MARÍA ALVAREZ

## MUJERES Y SERPIENTES.

CUENTO.

Érase que se era un hombre pobre y un pobre hombre, que son las dos peores cosas que puede haber en el mundo. Llamábase Juan *Mediohigo*, por gracia del señor cura y apodo de malas lenguas, que en eso de zaherir al prójimo encuentran siempre oportunidad y mérito.

Estaba casado con una mujer más curiosa que la misma curiosidad, y el pobre Juan sufría en este mundo el purgatorio, por más que Dios le

hubiese libertado de su suegra al año de casarse, mandándola un tabardillo, que echo yo de ménos para los que quiero mal.

Juan *Mediohigo* se mantenía de lo que cazaba, porque en la vida había conseguido aprender siquiera á deletrear la cartilla. Ustedes me dirán que bien podía haberse dedicado á Ministro ó Académico de la lengua; pero cae por su base la objecion, por cuanto que esto sucedía



en el tiempo en que hablaban los animales, como luégo se verá.

Pues señor, en la imposibilidad nuestro hombre de atender de otro modo á su sustento, salió un dia con sus dos perros á lo más espeso del monte, y habiéndole cogido en él la noche y estando á una gran distancia de su casa, resolvió quedarse á dormir entre unos altísimos pinos.

Decidido á hacerlo se sentó junto á uno de ellos, y formando una hoguera sacó un cigarro de seis maravéis y lo comenzó á fumar para hacer tiempo hasta dormirse; pero no bien habia consumido una tercera parte de él y las llamas de la fogata se elevaban con toda valentía, escuchó que le decian:—¡Juan! ¡Juanito!

Nuestro hombre miró á todos lados, y no distinguiendo nada, creyó que le zumbaban los oídos. Sin embargo, apenas trataba nuevamente de dormirse, le llamaron de nuevo:—¡Juan! ¡Amigo Juan! ¡Juan amigo!

Levantó la cabeza éste y pudo ver al reflejo de la lumbre la verdosa cabeza de una serpiente, que le rogaba encarecidamente se sirviese poner un palo junto al árbol para bajar á tierra sin morir achicharrada.

Asombrado *Mediohigo* de oír hablar á una serpiente, no pudo menos, sin embargo, de contestar:

—Señora, no me es posible complacer á Vd.

—¿Por qué, Juan?

—Porque no haga Vd. conmigo lo que una compañera suya hizo con el labrador, segun dice Samaniego.

—No lo temas; sin razon nos acusan los hombres de crueles y desagradecidas.

—Buena es esa, ¿Por quién perdimos el Paraíso?

—Me das ganas de reir; por las bachillerías de Eva. Pero, dejemos esta conversacion, porque ya se me ha quemado la cola, y si proseguimos hablando moriré en la flor de mi edad. Sé galante conmigo, y en cambio te enseñaré multitud de cosas, como el lenguaje de los animales, el de las plantas, piedras y flores.

—Sea, pues; pero ten entendido que no te has de acercar en dos varas á mí. ¿Qué tengo que hacer?

—Poca cosa: corta como te indiqué un arbolillo y ponlo inclinado junto al pino este, para que pueda bajar sin quemarme.

Juan *Mediohigo* se levantó, y seducido por la importancia de la revelacion prometida, hizo lo que se le pedia con tan buenas maneras.

Bajó la serpiente, y agradecida al cazador, quiso cumplirle su promesa, para lo cual, haciéndose una rosca á corta distancia del fuego, empezó su filológica disertacion; y al cabo de una hora, nuestro buen



Juan estaba en aptitud de comprender á todos los animales, árboles y flores.



Si hubiere sido *Mediohigo* ministro de Fomento, hubiera creado indudablemente una cátedra para la serpiente; pero como no era más que un pobre cazador, prometió aprovechar en lo posible la instrucción que había recibido de ella.

La noche estaba oscura como boca de lobo, y la serpiente, después de mil cumplidos, se internó en el bosque, deseando á Juan toda clase de prosperidades.

Apénas se había alejado, cuando estando de nuevo á punto de dormirse, escuchó un rumor de voces y notó que lo producian sus dos perros: aplicó el oído y escuchó el diálogo siguiente:

—¿Duermes, *Invencible*?

—No, *Matalobos*, estoy con una

fuerte jaqueca que me quita el sueño. ¿Por qué lo decías?

—Porque ya sabes que ha quedado sola la casa de nuestro amo, y me temo que entren en ella los ladrones.

—¿Y cómo podemos evitarlo desde aquí?

—A eso voy. Ya que estás tú indispuerto, quédate á guardar á nuestro amo, mientras yo marchó á casa.

—Hablas como un libro. Vete y descuida en mí.

—Adios, pues, *Invencible*.

—Adios, *Matalobos*.

Y diciendo estas palabras echó á correr, mientras Juan *Mediohigo* meditaba profundamente sobre la fidelidad de la raza canina.

Al cabo de media hora, se dejó sentir un nuevo rumor de voces, y prestando su atención, escuchó que hablaban unos abrojos con las moras silvestres.

—Qué fastidiosa transcurre nuestra vida,—decía bostezando una de éstas:—siempre la misma monótona sucesión de los días y las noches; siempre al aire libre, sin podernos resguardar del frío ni precavernos del calor...

—¡Pues y yo,—contestaba una zarza,—que hago daño contra toda mi voluntad, y soy odiada injustamente!

*Mediohigo* prestaba la mayor atención á las moras y á las zarzas;



pero ántes de que éstas terminasen sus reflexiones, escuchó á pocos pasos unos lamentos tristísimos, producidos por un pino secular, que le decia á otro compañero:

—Sostenme, amigo, que me desplomo.

—No puedo moverme; me lo impiden las raíces.

—Dichoso tú, que vives ignorado sin pesares ni riquezas. ¿De qué me ha servido á mí el tesoro que guardo sino para acelerar mi muerte? ¡Malditas riquezas! ¡Maldita vanidad!

Dijo, y el estrépito de su caída repitieron los ecos de las montañas.



En esto empezaba á nacer el día por el rosado Oriente, y no se oían en el bosque más que las voces de los pajarillos, que cantaban:

—¡A los trigos! ¡A los trigos!—  
¡Cuidado con las escopetas!— ¡Si vais al pueblo, no os fieis de los gatos!— ¡Cuidado con el arroyo de las piedras rojas... está lleno de redes!

Y otras prevenciones por el esti-

lo, mezcladas con gritos de contento y alguna que otra disputa por celos.

Juan se restregó los ojos para ahuyentar el sueño, é inquieto por las palabras dichas *in articulo mortis* por el pino, fué derecho á él, seguido de su perro, y notó que se hallaba hueco por la base y guardaba un cajoncito de plomo.

Lo abrió con la ayuda de su navaja, y lo encontró lleno de diamantes, rubíes y tal cual pepita de oro macizo, igual por lo poco á la que vimos y no vemos en el gabinete de Historia natural.

Juan no se desmayó siquiera, sino que echándola al hombro, tomó el camino de su pueblo, cuando al volver un montecillo le salió al encuentro la serpiente, que le dijo:

—Juan, he hecho tu fortuna y no me pesa. Cuida de que no acaben con ella las mujeres, y sobre todo la tuya. No pases por el camino real, que está lleno de ladrones; y ten entendido por último, que en el mismo instante en que cuentes á alguién lo ocurrido esta noche, morirás sin remedio. Adios, y cuando escuches hablar mal de las serpientes y leas los elogios de las mujeres, pesa en tu buen criterio si tienen razon.

A las dos horas entraba Juan *Mediohigo* en su pueblo. Siguiendo el consejo de la serpiente, habia tomado un camino de travesía, y al



llegar á su casa salió á recibirles *Matalobos*, que dijo á su compañero *Invencible*:—Si Dios no lo remedia, voy á dimitir mi destino de cazador. ¿Querrás creer que me ha pegado una paliza el ama por haber venido solo?

Juan derramó algunas lágrimas pensando en la ingratitud humana, y le dió al leal *Matalobos* el resto de su cena, acompañado de unas palmaditas en el lomo.

En esto salió de la casa la mujer de *Mediohigo*, que al verle dueño de aquella fortuna le colmó de agasajos, deshaciéndose al mismo tiempo en preguntas; pero estaba muy reciente la advertencia de su protectora, y se defendió con un valor heroico.

Sin embargo, pasaban los dias y la curiosidad de su mujer no menguaba, redoblaba sus caricias, le reiteraba á cada momento su amor, y á la fin y á la postre se rindió *Mediohigo*.

—Corriente,—la dijo á su costilla una mañana,—vas á saber lo que tanto deseas; pero es preciso que antes me traigas mi mejor vestido.

Hízolo así la mujer en un segundo, y tanta era su curiosidad, que ayudó á vestirle á su esposo. Concluida la operacion, se acostó Juan en su cama—pues persuadido de que iba á morir queria hacerlo con decencia—y exhalando un suspiro, dijo:

—¡Escucha y tiembla!

En esto se escuchó el canto de un gallo, y prestando su atencion *Mediohigo*, oyó que decia entre carcajadas:

—¡Ki, ki, ri, ki! ¡Qué imbécil es el hombre! ¡Yo sólo tengo á raya el gallinero, y mi amo con una sola hembra está á pique de morir por darle gusto... ¡Ki, ki, ri, ki!

Aquel canto irónico hizo conocer á Juan su torpeza, y agarrando una vara de fresno, satisfizo completamente la curiosidad de su mujer.



Desde aquel dia vivió Juan tranquilo, en lo posible, hasta la muerte de su esposa, y hoy trata, segun cuentan los periódicos, de fundar una sociedad para la propagacion de las serpientes; ha escrito un folleto en defensa de tan respetable clase, y tenemos entendido que piensa proponer á su profesora de lenguas para el primer reparto de *Premios á la virtud*.

M. OSSORIO Y BERNARD.



## ABNEGACION.

Deshecha tempestad destruye un buque,  
Sumergiendo en las olas pobre náufrago,  
Y un marino, con riesgo de su vida,  
Se arroja al agua y lo conduce salvo.

Epidemia cruel pueblos azota;  
De caridad el nombre dulce suena,  
Y una virgen modesta al invocarle  
Por el que sufre expone su existencia.

En humilde guardilla hermosa jóven  
Trabaja al pié del lecho de una anciana;  
Roba el dolor la vida de la madre;  
Su hija ofrece la suya por salvarla.

La ley de quintas, dura, inexorable,  
Llama al mozo, sosten del triste viejo,

Y un jóven, sustituto voluntario,  
Pierde su libertad dando el consuelo.

Criado fiel, con improbo trabajo  
Siendo sosten del amo en la desgracia,  
El sudor de su frente honrado emplea  
En dar de gratitud prueba palmaria.

Así del mundo entre la densa niebla  
Surgen, cual bellos rayos luminosos,  
Actos que muestran con fulgor brillante  
Rasgos de caridad y amor al prójimo.

Así la abnegacion, virtud sublime,  
Ennoblecce al mortal, eleva el alma,  
Y al estrechar los lazos fraternales,  
Cumplirse ve su aspiracion más grata.

E. CEBALLOS QUINTANA.

## LA INSTRUCCION PRIMARIA EN PARÍS.

La preferencia con que tratamos en nuestro periódico cuanto se refiere á la instruccion pública, nos ha hecho leer con el mayor detenimiento las páginas consagradas por el Sr. Dicenta y Blanco en su *Memoria sobre la Administracion municipal de París*; tanto á la enseñanza primaria, elemental y superior, como á la de artes y oficios, y creemos que los lectores nos agradecerán extractemos algunas de sus principales noticias.

Merece consignarse en primer término la excelente disposicion y el buen deseo con que las clases todas de la sociedad parisiense prestan eficaz apoyo á los comités de instruccion que en cada uno de los barrios de París funcionan, y al central, cuya mision es vigilar á aquéllos. Dichos comités los forman personas distinguidas por su sabiduría y buenas costumbres, y ajenas á miras políticas y particulares, consagrándose única y exclusi-

vamente al fomento de tan importante ramo.

Los edificios destinados á escuelas y los que con este objeto se están construyendo, reúnen las condiciones siguientes: 1.º Suficiente número de salas á fin de que pueda haber la necesaria comunicacion entre las de niños y niñas. 2.º Toda la luz que necesiten las aulas. Y 3.º La superficie bastante para que los ejercicios que deben practicar los niños los ejecuten con facilidad y desahogo; y por último, el suficiente número de ventiladores, ajustados á las más estrictas reglas de higiene, como igualmente los de calefaccion.

La municipalidad en el capítulo XIX de su presupuesto de 1868, consignó á este objeto la cantidad de 10.466.177,16 francos, aumentando esta cantidad en el presente en 895.023.

\*\*\*

La instruccion costeada por la villa de



París, se divide en salas de asilo, ó sean escuelas de párvulos, escuelas primarias, elementales, superiores y cursos de adultos y aprendices.

*Salas de asilo.* A éstas concurren los niños ó niñas desde la edad de tres á siete años. En cada escuela hay un patio ó jardín donde los niños se esparcen tres ó cuatro horas. Cuando los locales carecen de estos desahogos, los maestros hacen ejecutar á los discípulos ejercicios gimnásticos en las salas de las clases, sin emplear para ello ningun aparato.

Como el mayor número de niños asistentes á estas escuelas pertenecen á familias pobres, solían llevar algunos pan y viandas fiambres, frutas, y muchos de ellos ni áun eso; pero los comités de enseñanza, para evitar las fatales consecuencias que pueden acarrear semejante alimentación y la falta de ella, acordaron que los maestros proporcionaran los medios de atender á tan urgente necesidad, y como esto no bastara, dispuso la municipalidad se les sirviera una comida caliente y de sanas condiciones. En la generalidad de estos establecimientos se cultiva el método Fröbel (Jardines de la infancia).

*Escuelas de instruccion primaria elemental.* La enseñanza que se da en estos establecimientos se halla dividida en tres cursos, y para que el alumno pueda pasar de un curso á otro debe sufrir un exámen, y al final de los tres cursos uno general, expidiéndoseles un certificado que les permite ingresar en los establecimientos de instruccion primaria superior.

Igual sistema rige en las escuelas de niñas. Además hay una clase de costura para las alumnas de las escuelas superiores.

Esta enseñanza es teórica y práctica: la primera, ó sean las explicaciones de corte y confeccion, es demostrativa por medio de dibujo sobre una pizarra, y no se pasa á la práctica hasta que las discípulas lo han comprendido.

En todas las escuelas de niños se ha establecido la enseñanza de la gimnasia, la que practican por movimientos simples y combinados hasta la edad de doce años, y ya mayores con el auxilio de aparatos,

bajo la direccion siempre de maestros dedicados exclusivamente á esta materia.

*Escuelas primarias superiores.* Por dos grandes establecimientos destinados á esta clase de enseñanza, puede decirse que se halla representada la instruccion superior de París; uno es el colegio Chaptal, y el otro la escuela Turgot.

En el primero, además de explicarse todas las asignaturas que en nuestro país constituyen el grado de Bachiller en filosofía, hay clases de mecánica, economía política, legislación y contabilidad comercial, dibujo y otras.

En este colegio encuentran la instruccion necesaria los que piensan dedicarse especialmente á la agricultura ó al comercio.

La enseñanza está dividida en tres secciones, y la completa en cinco años normales y uno de estudios superiores.

Admite internos, medio-pensionistas y externos. Este gran colegio, por lo magnífico de su edificio, el plan de estudios, reglamentos y competencia de los profesores, únicamente podría hallar análogos en Alemania.

*La escuela Turgot*, modelo perfecto de enseñanza superior, á la que aspiran pertenecer gran número de jóvenes de la clase media y lo más escogido de la obrera: se adquieren en ella toda clase de conocimientos necesarios para el comercio y la industria, y si bien dicha enseñanza no es gratuita, está al alcance de las familias más modestas, habiendo tambien gran número de plazas gratuitas que se adjudican por riguroso concurso. La escuela Turgot, sin rival en toda Francia, y célebre por su biblioteca y gabinetes de física é historia natural, tiene además establecido estudios especiales, como los cursos de perfeccionamiento, viajes y paseos instructivos. Los primeros se verifican durante la noche y á las horas en que el trabajo no ocupa á los alumnos. Los viajes tienen lugar en las vacaciones, yendo gran número de jóvenes, bajo la direccion de un profesor, á quienes la municipalidad proporciona alojamiento y comida, y las empresas de ferro-carriles les hacen considerable rebaja en el precio de los billetes. En el presente año han hecho viajes alumnos



de diferentes escuelas á Londres, Bélgica, Amberes y otros puntos no ménos importantes.

*Cursos de adultos y de aprendices.* Con el certificado de haber probado la instrucción primaria, son admitidos á esta clase de estudios los alumnos que desean adquirir los conocimientos en las materias relacionadas con la industria y la práctica de los talleres. Un curso completo de aprendizaje dura tres años, distribuyendo las horas del día entre el estudio, la práctica y ejercicios gimnásticos, y otros tan provechosos como necesarios.

La escuela de aprendices, excelentemente organizada y provista de toda clase de máquinas, logra hacer aventajados oficiales en herrería, carpintería, escultura, mecánica, etc.

También debemos hacer especial mención del parque de *Montsouris*, donde se ha creado un observatorio bajo la dirección de un capitán de navío, y en el que se celebran conferencias de astronomía popular, las que dan excelente resultado, y cada día es mayor el número de asistentes á ellas.

\*\*\*

Para llegar á formar el numeroso cuerpo de profesores, han sido precisos grandes esfuerzos de todo género.

Primeramente se creó la institución llamada de *Alumnos maestros*, y los cursos preparatorios denominados *Cursos del Hotel de Ville*.

En 1872 ya se inauguró una escuela normal de maestros, y al siguiente año otra para institutrices. La admisión en estas escuelas es gratuita, y además se distribuyen durante el año gran número de premios, y fijando entre los alumnos maestros y maestras un sueldo de 600 francos, obteniendo estos empleos por concurso.

También se han creado últimamente unas plazas de maestros para vigilar si en las escuelas se llevan, y cómo, á efecto las prescripciones disciplinarias y la marcha de la enseñanza.

Así como el establecimiento de cajas de ahorros escolares se ha generalizado en París con excelentes resultados morales y materiales, no ménos feliz éxito ha dado el de premios para los maestros que lo-

gran mayor número de alumnos en sus clases, y para aquellos en cuyas escuelas los exámenes alcanzan mayor grado de lucimiento.

Por servicios especiales también obtienen recompensas, y el aumento de honorarios se verifica en periodos de cinco á tres años.

\*\*\*

El material escolar y el mobiliario técnico atiende á todo lo que atañe á la salud y comodidad de los alumnos.

Las cátedras de los maestros se hallan formadas por escritorios con el espacio necesario y reuniendo las mejores condiciones para ejercer la observación y vigilancia.

En las escuelas de instrucción primaria, las mesas están construidas convenientemente y sólo para tres, cuatro ó cinco alumnos: los bancos también para pocas plazas, separadas por brazos para descanso y facilitar la mayor comodidad á los niños en el estudio de sus lecciones.

En cuanto al mobiliario técnico, es sumamente completo en geografía, aritmética, dibujo lineal, y además hay en cada escuela una pequeña biblioteca, un reloj y un termómetro.

Un gran almacén central cuida de proveer á las necesidades de cada escuela dotándolas inmediatamente del material y mobiliario que les haga falta. Un reglamento especial marca la duración de cada mueble ú objeto. Los libros, lapiceros, plumas, cuadernos y demas, se distribuyen á fin de cada trimestre para atender á las necesidades del siguiente. Todos los efectos fuera de uso corriente son entregados á la venta por el almacén general.

\*\*\*

La instrucción primaria en la capital de Francia ofrece, como se ve, mucho que admirar y bastante que aprender. Injusto sería desconocer, sin embargo, que tanto el gobierno español como los ayuntamientos consagran hoy sus desvelos á tan interesante objeto, y que ya se ha recorrido mucho terreno en el camino de las reformas y del progreso.

X.



## LECCION APROVECHADA.

Era Antonio el chico más malo y desobediente de todo el lugar, y ni á sus padres, ni al señor cura, ni al médico, tenía el menor respeto; siempre ideando con los mismísimos demonios, no pasaba día sin hacer diablura que sonada no fuera, ni noche sin recibir reprensión de sus padres, sin que por esto disminuyeran su natural desobediencia y aviesos instintos.

Una mañanita de primavera, el bueno de Antoñito salióse lindamente de su casa sin pedir á nadie licencia para ello, y paso tras paso encaminóse á la dehesa del pueblo; cansado de corretear por los prados, pensó en volver á su casa y echó á andar en direccion al pueblo por un camino distinto del que á la ida llevaba; cuando ya iba á salir de la dehesa, llegaron á sus oídos los débiles píos de unos pajarillos, y deseoso de apoderarse de ellos, púsose á buscarlos, y á los pocos momentos tenía en sus manos un nido con tres ó cuatro ruiseñores recién nacidos; por fortuna para los pobres animalejos, aquel día estaba Antonio de buen humor, y en lugar de hacerlos daño, decidió llevárselos á su casa y encerrarlos en una jaula; y para realizar su proyecto echó á andar muy ale-

gre con su nido. ¡Cuál no sería su asombro al ver que los padres de los pequenuelos, volando y revolando en torno suyo, seguían sus pasos, y con tristes píos le demandaban piedad para sus hijuelos! Antonio no hizo caso de ellos, y llegando á su casa metió á los pajarillos en una jaula y colgó ésta en el corral; aún no había acabado de colocarla, cuando los padres de los prisioneros vinieron á posarse sobre ella; así estuvieron un rato, y luego empezaron á ir y venir de la jaula al campo y del campo á la jaula. ¿Qué harán esos pájaros? se dijo Antonio al verlos tan afanosos y atareados; y observándolos con cuidado, no tardó en averiguar la razón de aquellas idas y venidas: los ruiseñores, llenos de amor hacia sus hijos, les llevaban á la jaula gusanitos y semillas que los pequenuelos saboreaban con delicia.

Pareciéndole bien á Antonio este sistema de criar pájaros, decidió que en adelante se encargaran los padres de la educación de sus hijos enjaulados, y al efecto todas las mañanas sacaba á la huerta la jaula. Así que la veían los padres, volaban á ella desde un árbol inmediato, donde se habían establecido, y con alegres trinos llevaban el ali-



mento á sus pequeñuelos. Así fueron pasando los días y creciendo los pajarillos, en tanto que Antonio, que era muy listo, reflexionaba á todas horas acerca de la conducta de los pájaros, y se enternecía al verlos tan amorosos, constantes y solícitos para sus hijos. Si esto hacen los animales (se decía más de una vez el muchacho), ¿qué no harán los hombres? Pensando en esto

día tras día, cayó en la cuenta de que si los padres de los ruiseñores eran buenos para sus hijos, no lo eran ménos sus papás para él; y avergonzándose de lo malo que con ellos era, y de lo mal que pagaba sus atenciones, dió libertad á los pajarillos y juró no ser desobediente en su vida.

CÁRLOS AGUIRRE.

## EL TIEMPO.

Tic... tac, tic... tac. ¿Qué ruido  
Es ese que sin cesar  
En la quietud de la noche  
Viene el silencio á turbar?

—Soy el Tiempo, que marchando  
Va siempre con paso igual  
Hacia ese mar sin orillas  
Que llaman eternidad;  
Soy ese Tiempo que nunca,  
Nunca acaba de pasar  
Para el que triste ó enfermo  
Sus pasos contando va;  
Ese Tiempo que la madre,  
Que con un amor sin par  
Vela á su hijo postrado,  
Cuenta siempre con afán;  
Ese Tiempo cuya marcha

Querria precipitar  
El que sufre, ¿y para qué?  
Tal vez para sufrir más;  
Ese Tiempo que los días  
Va contando del mortal,  
Y borra de su existencia  
Los que trascurriendo van;  
Ese Tiempo, en fin, que nadie,  
Que nadie puede obligar  
Á que páre ó adelante,  
Ó á que se vuelva hacia atrás.

«Sólo al feliz le parece  
Que el tiempo volando va;  
La dicha le impide oír  
De mis pasos el tic... tac.»

CELSE GOMIS.

## ACTUALIDADES.

Se ha puesto á la venta en las principales librerías y en la Administración de este periódico el excelente trabajo que con el título de *La Granja agrícola*, y escrito por el Sr. Alvarez Alvistur, hemos publicado en LA NIÑEZ. Cuesta sólo una peseta.

\*\*\*

El eminente catedrático de la Universidad de Madrid D. Ramon Torres Muñoz de Luna, que comparte su laboriosidad entre las ciencias y las letras, nos ha honrado con una preciosa comedia en tres jornadas, titulada *La cuna del Niño-Dios*, que publicaremos en el número próximo. Pero,



como quiera que algunos suscritores nos hayan manifestado deseos de poseerla ántes, para representarla en las próximas fiestas, hemos hecho una tirada aparte, que de un momento á otro se pondrá á la venta, al precio de dos reales ejemplar, como todas las obritas del ya acreditado *Teatro de Salon*.

\*\*

La Sociedad madrileña protectora de los animales y las plantas, ha repartido los dos primeros números de su interesante *Boletín*.

\*\*

En el próximo número, que es el último

del tomo II, daremos cuenta á nuestros infantiles lectores de algunas mejoras que para el año entrante proyectamos. Con este motivo les rogamos no demoren el pago de sus descubiertos, atendiendo á los sacrificios que la publicacion nos impone.

\*\*

Nuestro distinguido colaborador el señor D. Joaquin Olmedilla y Puig, nos ha favorecido con un ejemplar de su *Elogio histórico del doctor en farmacia y cirugía D. Ramon Barbolla*, escrito por encargo del Colegio de Farmacéuticos de Madrid. Es un trabajo notable y que honra á su autor.

## ESCENAS INFANTILES.



Rosita y Joaquin, su hermano, son unos niños muy cariñosos con los animales y tienen un perrito muy mono, al que cuidan con el mayor esmero. Otro perro forastero, que se ha entrado en la casa, ha mordido al pequeño, y de aquí que Rosita le coja en brazos y Joaquin persiga con un palo al atrevido agresor. No lo pasará éste muy bien si no le ayuda su ligereza.